

hacer que prosperasen veinte árboles, siempre sería un bien que no se perderá. Temo mucho que las heladas, después de las grandes nevadas, hielen las raíces; por que nuestro invierno es lo mismo que el de Siberia, dado que nuestro horizonte se halla limitado por cuarenta leguas de montañas cubiertas de hielo.

Es un espectáculo admirable y horrible de que los parisienses no tienen seguramente la menor idea. La tierra se hiela con frecuencia hasta dos ó más pies de profundidad, y después vienen calores que la desecan, tales como se experimentan en Nápoles.

Me propongo, con vuestra aprobación, hacer quitar el hielo al rededor de las nuevas plantas que debo á vuestra amistad, y hacer esparcir al pie de las mismas estiércol de vaca mezclado con arena.

El ministerio nos ha hecho una hermosa carretera, y yo he plantado á orillas de la misma árboles frutales para que coma fruta todo el que quiera. La madera de estos árboles presta siempre grandes servicios. Me imagino, señor, que no habéis debido sacar mucho más provecho que yo de todos los libros que se hacen en París junto á la chimenea, acerca de la agricultura. Son tan inútiles como los proyectos y divagaciones del gobierno: *Experientia rerum magistra*.

Tengo el honor de ser con el mayor agradecimiento, vuestro, etc.

Á LA SEÑORA DUQUESA DE CHOISEUL

Ferney, 8 de Febrero de 1768.

Señora, un anciano casi ciego y una joven que se enorgullecería de tener unos ojos como los vuestros, os suplican que os dignéis aceptar sus homenajes y su

tributo de gracias. Debemos á vuestra protección todo lo que el señor duque de Choiseul ha tenido á bien conceder á M. Dupuits. Si el buen viejo y yo tuviésemos alguna pequeña parte de la herencia de Pedro Corneille, la emplearíamos en grandes versos alejandrinos para demostraros nuestro agradecimiento; pero los tiempos son muy duros, y los versos que hoy se hacen no lo son menos. Desconfiamos hasta de la prosa. Entendemos tan poco los libros que nos envían de París, que tememos haber olvidado nuestra lengua.

Nos avergonzamos por completo de expresar nuestra extrema sensibilidad en estado tan bárbaro; pero os rogamos, señora, que tengáis en cuenta que somos alóbroges. Gente venida de Versalles nos ha asegurado que hacía falta en absoluto tener delicadeza y rectitud de inteligencia, así como también gusto y gracia, para atreverse á escribiros. No los hemos creído. No somos de vuestra especie, y nos lisonjeamos, por el contrario, de que vuestra superioridad se muestre indulgente, y que la gracia no rechace á la inocencia.

Con esta confianza, y con el más profundo respeto somos, señora, etc.

Á M. THIRIOT

.....
 No sé de qué trata una comedia italiana cuya paternidad me imputan. *Quand me mariera-t-on?* Es la primera vez que oigo hablar de ella; es una mentira absurda. Dios ha permitido que haga piezas de teatro por mis pecados; pero no he hecho nunca farsas italianas; podéis quitar eso de vuestras anécdotas.

No sé cómo ha caído en manos del tal Frerón, una

carta que escribí á Milord Littleton y su respuesta; pero puedo aseguraros que ambas han sido igualmente falsificadas. Podéis juzgar por los originales que le envío.

Esos señores folicularios se parecen á los traperos, que van recogiendo basura para hacer papel. ¡Qué linda anécdota también, y qué digna del público una carta mía al profesor Haller y otra del profesor Haller á mí! ¿Á qué se mete el señor Haller en hacer circular mis cartas y las suyas, y á qué se mete un foliculario en imprimirlas y en falsificarlas para ganar cinco sueldos? Me la hace firmar en el castillo de Tournay, donde no he vivido nunca.

Estas impertinencias divierten por el momento á la juventud ociosa, y caen inmediatamente en el eterno olvido en que deben caer á millares todas las niñerías de este mundo. La anécdota del Cardenal de Fleury sobre el *quemadmodum* que Luis XIV no entendía, es muy exacta. La he citado en el *Siglo de Luis XIV*, precisamente porque estaba seguro de ella; por el contrario, no he citado la de *nycticorax*, porque no me inspiraba confianza. Es un viejo cuento que me referían en mi infancia para hacerme comprender la superioridad del P. Lachaise sobre el capellán mayor de Francia. Suponiase que el capellán mayor, interrogado acerca de la significación de *nycticorax*, respondió que era un general de David; mientras que el P. Lachaise aseguró que era un buho; poco me importa, como tampoco me importa el que se siga aún murmurando durante un cuarto de hora en un latín ridiculo un *nycticorax* groseramente puesto en música.

No he pretendido censurar á Luis XIV por no saber el latín; sabía gobernar y hacer florecer todas las artes, lo cual vale más que entender á Cicerón. Por otra parte, esta ignorancia del latín no era culpa suya,

puesto que en su juventud aprendió por sí mismo e italiano y el español.

No sé por qué me reprocha el hombre á quien hace hablar el foliculario, el que él te al Cardenal de Fleury, y se divierte en decir que me gusta citar grandes nombres. Ya sabéis, amigo mío, que mis grandes nombres son los de Newton, Locke, Corneille, Racine, La Fontaine y Boileau. Si el nombre de Fleury fuese grande para mí, sería ciertamente el nombre del abate Fleury, autor de los *Discursos patrióticos* y sabios que han librado del olvido su *Historia eclesiástica*, y no el del Cardenal de Fleury, á quien conocí mucho antes de ser ministro, y que, cuando lo fué, hizo desterrar á uno de los hombres más respetables de Francia, al abate Pucelle, é impidió benignamente durante todo su ministerio el defender las cuatro famosas proposiciones, fundamento de la libertad francesa en materias eclesiásticas.

No conozco más grandes hombres que los que han prestado grandes servicios al género humano.

Cuando recogí los materiales para el *Siglo de Luis XIV*, tuve que consultar á generales, ministros, capellanes, damas y ayudas de cámara. El Cardenal de Fleury había sido capellán, y saqué de él muy poco. El señor mariscal de Villars me enseñó mucho durante cuatro ó cinco años, como sabéis; y no he dicho todo lo que tuvo á bien decirme. El señor duque de Antin me comunicó varias anécdotas, á las que no he atribuido más valor del que tenían.

M. de Torey fué el primero que me hizo saber con una sola línea puesta al margen de mis preguntas que Luis XIV no había tenido parte alguna en el famoso testamento del rey de España Carlos II, que cambió la faz de Europa.

No es lícito escribir una historia contemporánea sino

consultando con asiduidad y confrontando todos los testimonios. Hay hechos que he visto con mis propios ojos, y otros con ojos mejores que los míos. He dicho la verdad más exacta en las cosas esenciales, y el monarca reinante me ha hecho públicamente justicia. No creo haberme equivocado sino en las anécdotas ligeras, de que hago muy poco caso; son un mero entretenimiento, mientras que los grandes hechos instruyen. El rey Estanislao, duque de Lorena, ha declarado de un modo auténtico que de todas las cosas importantes ocurridas bajo el reinado de aquel heroe imprudente, Carlos XII, había yo hablado como si hubiese sido testigo ocular de ellas.

En cuanto á las pequeñas circunstancias, se las dejo á quien quiera: me importan tanto como la historia de los cuatro hijos Aymón.

Estimo tanto al que ignora una anécdota inútil como al que la conoce.

Puesto que os halláis al corriente de las bagatelas y ridiculeces, os diré que vuestro desdichado foliculario se equivoca cuando pretende que le han representado en el teatro de Londres antes de ser puesto en ridículo en el de París por Jerónimo Carré. La traducción, ó más bien imitación, de la comedia de *la Escocesa* y de *Frerón*, hecha por M. Jorge Colman, no fué representada en el teatro de Londres hasta 1766, y sólo se imprimió en 1767 en casa de Becket y de Hondt. Tuvo tanto éxito en Londres como en París, porque en todas partes aman la virtud de los Lindane y de los Freeport, y detestan á los folicuarios que embadurnan papel y mienten por dinero. Fué el ilustre Garrick el que compuso el epilogo. M. Jorge Colman me ha hecho el honor de enviarme su pieza, que se titula *The English Merchant*.

Es cosa bastante divertida que en Londres, San Petesburgo, Viena, Génova, Parma y hasta Suiza, se hayan burlado igualmente de Frerón. Y no era precisamente su persona la que estaba en juego. Pretende que *la Escocesa* no tuvo éxito en París, donde le detestan, mientras que triunfó en Londres y en Viena, donde es desconocido. Nadie quería mal á Pourceaugnac cuando Pourceaugnac hizo reír á Europa.

Son éstas anécdotas literarias que no se pueden poner en duda; pero, á fe mía, son las verdades más inútiles que hayan podido jamás enunciarse. Amigo mío, lo que debe ocupar á un verdadero literato es un capítulo de Cicerón, de *Officiis* y de *Natura Deorum*, un capítulo de Locke, una Carta provincial, una buena fábula de La Fontaine y unos buenos versos de Boileau y de Racine.

Desearia saber qué utilidad reporta al público el que un foliculario trate de poner en claro si vivo en un castillo ó en una casa de campo.

He leído en uno de los cuatrocientos libelos que han escrito contra mi mis compañeros de oficio, que la señora duquesa de Richelieu, me había regalado un día una linda carroza con dos caballos tordos; que esto desagradó grandemente al señor duque de Richelieu. Todo ello sirvió para hilvanar una larga historia. Lo más gracioso de esta historia es que por aquella época el señor duque de Richelieu no estaba casado. Otros escriben acerca del encuentro de mi cartera ó de mis cartas al señor B... y á la señora D... á quienes nunca he escrito, y en esas cartas todo se vuelven anécdotas.

¿No acaban de imprimirse ahora las supuestas cartas de la Reina Cristina, de Ninon de Lenclos, etc.? Algunos curiosos guardan esas tonterias en sus bibliotecas, y andando el tiempo algún erudito á sueldo de un li-

brero las hará pasar como preciosos monumentos de la historia.

¡Qué fárrago, qué lástima, qué vergüenza para la literatura, qué pérdida de tiempo!

Estoy leyendo actualmente los artículos de la Enciclopedia, que deben servir de enseñanza al género humano; pero no todo es igual, etc., etc.

AL SEÑOR PRESIDENTE HÉNAULT

Ferney, 26 de Febrero de 1768.

Mi querido é ilustre colega, ¿no queréis, pues, colocar al mariscal de la Meilleraie entre los superintendentes? Sin embargo, lo fué en 1648; está fuera de duda.

También os habia propuesto que pusieseis á Abel Servien en su lugar, con Nicolás Fouquet, puesto que ambos fueron superintendentes al mismo tiempo. Pero tengo de vos otras quejas más importantes. ¿Cómo habéis podido en vuestra nueva edición desmentir la bondad de vuestro carácter y la dulzura de vuestras costumbres en el artículo Servet? Parece que os habéis propuesto justificar á Calvino y á todos los perseguidores. Condenáis la indulgencia y la tolerancia con nombre de tolerantismo, como si fuese una herejía, como si hablaseis del arrianismo y del jansenismo. No ignoráis que la muerte de Servet fué una violación criminal del derecho de gentes, un verdadero asesinato cometido con pompa y que debía atraer sobre los asesinos el más terrible castigo; me atrevo á creer que si Carlos V no hubiera caído por entonces en el triste estado que fué muy pronto á ocultar en la soledad de San Yuste, hubiera castigado severamente este ultraje

hecho en Ginebra, ciudad imperial, á la nación española. Era un atentado inaudito detener sin ningún pretexto, á un súbdito de Carlos V, que viajaba confiado en la fe pública. Servet no quería pasar más que una noche en Ginebra para ir á Alemania. Calvino, que lo supo, lo hizo prender al salir de la hostería de la Rosa. Le robaron noventa y siete doblones de oro y seis sortijas. Ya sabéis qué muerte siguió á este acto de pira-tería. Calvino, que hubiera sido á su vez quemado en Francia, si le hubieran cogido, obligó al miserable consejo de Ginebra á hacer quemar á Servet á fuego lento con leña verde, y se complació en este espectáculo. En vuestra San Bartolomé no hubo asesinato ejecutado con más crueldad.

Confesaréis que la dulzura cristiana llamada por vos *tolerantismo*, hubiera sido preferible á esta santa abominación. Me atrevo á deciros que si los Guisas hubieran sido más tolerantes en Francia, vuestro consejero Ana Dubourg, sobrino del canciller, y tantos otros no hubieran perecido en el mismo suplicio que Servet.

Creedme, mi querido é ilustre colega, la tolerancia predica mejor que los verdugos.

No podéis figuraros cuántos me han escrito doliéndose y quejándose de vuestro artículo, pues saben que soy vuestro antiguo amigo y admirador muy celoso. Siento más que nadie tan fatal publicación, que hará más daño del que podéis figuraros. Ponéis armas en manos de los furiosos. ¿Es posible que estas armas sean aguzadas por el más suave y amable de los hombres? No por eso dejo de amaros; pero mi dolor es igual al sentimiento que conservaré por vos hasta mi muerte.

AL SEÑOR MARQUÉS DE VILLEVIEILLE

1.º de Mayo de 1768.

Mi querido marqués, el señor Gillet, ó Gilles, no está demasiado al corriente de los negocios de este mundo. No sabe que cuando está uno encerrado entre zorros y lobos, hay á veces que ahumar á los unos y aullar con los otros. No sabe que hay cosas tan despreciables que á veces puede uno rebajarse hasta ellas sin comprometerse.

.....

El marqués de Mora, hijo del conde de Fuentes, embajador de España en París, y yerno del célebre conde de Aranda, que ha arrojado á los jesuitas de España y arrojará otras muchas cosas, ha venido á pasar tres dias conmigo; se vuelve á España, é irá tal vez antes á Montpellier. Es un joven de mérito muy raro. La Inquisición de España no está abolida, pero le han arrancado los dientes á este monstruo y le han cortado las uñas de raíz. Todos los libros tan severamente prohibidos en París entran libremente en España. Los españoles, en menos de dos años, han reparado cinco siglos de horrible santurronería.

Dad gracias á Dios, y seguid dispensándome vuestro cariño.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

6 de Mayo de 1768.

Divino ángel mío, la venida de vuestro infante ¹ me ha parecido moderada y firme.

.....

1. Fernando, duque de Parma.

He tenido aquí durante tres días al señor marqués de Mora, á quien conocéis. Os ruego que trabajéis por que lo asocien más tarde al ministerio de España. Estoy seguro de que ayudará poderosamente al conde de Aranda, su suegro, á crear una nueva era. Los españoles avanzan cuando nosotros retrocedemos. Han hecho más progresos en dos años que nosotros en veinte. Aprenden el francés para leer los libros nuevos proscritos en Francia. Le han cortado las uñas de raíz á la Inquisición, que no es sino un fantasma. En España no hay ni jesuitas ni jansenistas. La nación es ingeniosa y atrevida.

.....

Siento ver que en Francia la mitad de la nación es frívola y la otra bárbara. Los bárbaros son los jansenistas. Vuestro ministerio no los conoce suficientemente. Son presbiterianos más peligrosos que los de Inglaterra. ¿De qué no son capaces unos cerebros fanáticos que han sostenido las convulsiones durante cuarenta años? Es cruel verse expuesto á los lobos cuando se ha librado uno de los zorros.

Á M. DE PARCIEUX

Ferney, 17 de Junio de 1768.

Declaro á los parisienses galos intratables y verdaderos bausanes si no aceptan vuestro proyecto; estoy además bastante descontento de Luis XIV, que no tenía más que decir *quiere*, y que en lugar de mandar al río Yvette que corriese por todas las casas de París, gastó tantos millones en el canal de Maintenón. ¡Cómo no sienten envidia los parisienses cuando oyen decir

que casi todas las casas de Londres tienen dos clases de agua para toda clase de usos!

Hay en París bolsas muy repletas, pero pocas almas bien templadas. Sería empresa digna del gobierno; pero ¿habría seis millones para gastarlos? Correspondería á los que tienen millones encargarse de esta grande obra; pero la incertidumbre del éxito los asusta, el trabajo los retrae, y las señoritas de la Ópera triunfan de las náyades del Yvette.

¿Cómo el señor preboste de los mercaderes, que pertenece á una familia tan simpática á los parisienses, y que se interesa por el bien público, no ha hecho ya toda clase de esfuerzos para hacer triunfar un proyecto tan útil y que haría bendecir su memoria?

Por mi parte, señor, que no soy más que un modesto labrador de la falda de los Alpes; ¿qué puedo hacer sino compadecer á la ciudad en que he nacido y consagraros una estima completamente estéril? Os doy gracias en calidad de parisiense, y cuando mis compatriotas dejen de ser galos, los alabaré en mala prosa y en malos versos cuanto me sea posible.

À M. SAURIN

1.º de Julio de 1768.

Mi antiguo amigo, mi estimado filósofo y hacedor de hermosos versos. Os doy las más cariñosas gracias por vuestro *Beverley*. El solitario de los Alpes os debe el haberse sentido conmovido durante una hora larga. No es ordinario conmoverse durante tanto tiempo. Vuestra obra está llena de interés, de vigor y de hermosos verso. No he leído el *Beverley* inglés, pero

apostarí de antemano que no tiene más que atrocidades.

Por lo demás, me admira mucho que madama Béverley haya recibido cien mil escudos de Cádiz; porque, por mi parte, acabo de perder allí veinte mil escudos, gracias á los señores Gilli, á quienes probablemente no conocéis.

Seguramente *multæ sunt mansiones in domo patris nostri*, y vos no estáis mal aposentado. Quisiera saber lo que dice el bribón de Frerón, que vive en la bo-dega.

¿Conocéis la especie de epigrama que un lionés que está muy lejos de ser poeta ha hecho, como por inspiración, hojeando el Tácito de La Bletterie? Estaba furioso por no poder leer el latín que estaba impreso en patas de mosca y de leer demasiado bien la traducción francesa. He aquí los versos que improvisó:

Un pédant dont je tais le nom,
En inlisible caractère
Imprime un auteur qu'on révère.
Tandis que sa traduction
Aux yeux, du moins, a de quoi plaire.
Le public est d'opinion
Qu'il eût dû faire
Tout le contraire.

Me parece cándido. Ese hipócrita insolente de La Bletterie es objeto de burlas lo mismo en provincias que en París.

À M. PANCKOUCKE

Ferney, 9 de Julio de 1768.

He recibido, caballero, vuestro excelente regalo. La Fontaine se habría mostrado vanidoso si hubiera visto

esta magnífica edición; es el lujo de la tipografía. El autor no poseyó nunca la mitad de lo que ha costado imprimir y grabar su libro. Si no poseyésemos más que esa edición, sólo podrían leer las *Fábulas* de La Fontaine los príncipes, los arrendadores generales y los arzobispos. Os doy gracias de todo corazón, y os deseo el mayor éxito en todas vuestras empresas. Me hacéis saber que pongo demasiado en ridículo la edición de vuestro amigo Gabriel Cramer; os aseguro que sólo me pongo yo mismo. Cuando considero todo el enorme fárrago que he compuesto, me dan ganas de ocultarme debajo de él, y me lleno de vergüenza. El amigo Gabriel no me ha consultado demasiado cuando ha reunido todas mis tonterías para formar una espantosa serie de volúmenes en cuarto. Siempre le he dicho que no era posible pasar á la posteridad con semejante balumba. Salid del paso como podáis. Eso no me impedirá decir siempre muy alto que el papel y los caracteres son hermosos y que la edición es muy correcta, pero no por eso la venderéis mejor. Hay tantos versos y prosa en el mundo que ya está uno harto. Puede uno distraerse con algunas páginas de versos, pero los volúmenes en cuarto de los benedictinos asustan.

El suizo que imprime para mi amigo Gabriel ha tenido la ocurrencia de poner en *Alzira*:

Le bonheur m'aveugla, l'amour m'a détrompé.

En lugar de:

Le bonheur m'aveugla, la mort m'a détrompé.

El equívoco ha hecho reír. Hace tiempo que rien á mis expensas; pero á fe mía, me he desquitado en grande.

No puedo decir nada de las estampas, porque no las he visto todavía, y me gustan más los buenos versos

que los buenos grabados. Pero sobre todo, os quiero á vos y á vuestra esposa, porque ambos sois muy amables. Os deseo toda clase de prosperidades.

Á M. HORACIO WALPOLE

Ferney, 15 de Julio de 1768.

Señor, hace cuarenta años que no me atrevo á hablar inglés, y vos habláis nuestra lengua muy bien. He visto cartas vuestras escritas lo mismo que pensáis. Por otra parte, mi edad y mis enfermedades no me permiten escribir por mi propia mano.

Os daré, pues, las gracias en mi lengua.

Acabo de leer el prefacio de vuestra *Historia de Ricardo III*, que me parece demasiado corta. Cuando se tiene la razón de su parte, y cuando además de grandes conocimientos se posee una filosofía tan firme y un estilo tan varonil, desearía que me hablasen mucho más largo tiempo. Vuestro padre era un gran ministro y un buen orador, pero dudo mucho que hubiera podido escribir como vos. No podéis decir: *quia pater major me est*.

Siempre he pensado como vos que hay que desconfiar de todas las historias antiguas. Fontenelle, el único hombre del siglo de Luis XIV que fué á la vez poeta, filósofo y sabio, decía que sólo eran *fábulas comerciales*, y hay que confesar que Rollin ha compilado demasiadas quimeras y contradicciones.

Después de haber leído el prefacio de vuestra historia, he leído el de vuestra novela. En él os burláis un poco de mí: los franceses toman las cosas á broma, pero yo voy á responderos seriamente.

Casi habéis hecho creer á vuestra nación que yo des-

precio á Shakespeare. Soy el primero que he dado á conocer á Shakespeare á los franceses. Traduje pasajes suyos hace cuarenta años, así como también de Milton, de Waller, de Rochester, de Dryden y de Pope. Puedo aseguraros que antes de mí nadie conocía en Francia la poesía inglesa; apenas si se había oído hablar de Locke. He sido perseguido durante treinta años por una nube de fanáticos por haber dicho que Locke era el Hércules de la metafísica.

También ha querido mi destino que fuese yo el primero en explicar á mis conciudadanos los descubrimientos del gran Newton, que algunas personas entre nosotros llaman aún *sistemas*. He sido vuestro apóstol y vuestro mártir. En verdad no es justo que los ingleses se quejen de mí.

Había yo dicho, hace muy largo tiempo, que si Shakespeare hubiera florecido en el siglo de Addison hubiera unido á su genio la elegancia y la pureza que hace recomendable al primero. Había yo dicho también *que su genio era propio suyo, y sus faltas de su siglo*. Le sucede precisamente, á mi parecer, como á Lope de Vega y á Calderón entre los españoles. Es una espléndida naturaleza, pero muy salvaje. No se observa en él regularidad ni arte, alterna la bajeza con la grandeza y lo bufón con lo terrible, es e caos de la tragedia en el que brillan cien relámpagos de luz.

Los italianos, que restauraron la tragedia un siglo antes que los ingleses y los españoles, no incurrieron en ese defecto; imitaron mejor á los griegos. No hay bufones en el *Edipo* ni en la *Electra* de Sófocles. Sospecho que semejante grosería tuvo su origen en nuestros *bufones de corte*. Eramos un tanto bárbaros todos los que habitamos aquende los Alpes. Cada príncipe tenía su bufón especial. Reyes gnorantes educados por gente

ignorante no podían conocer los nobles placeres del espíritu; degradaron la naturaleza humana hasta el punto de pagar á individuos encargados de decirles tonterías. Antes de Molière había siempre un bufón de corte en casi todas las comedias; esta moda es abominable. Confieso, señor, que he dicho, como lo indicáis que hay comedias serias como el *Misántropo*, que son obras maestras; que hay otras más burlescas como *Jorge Dandín*; que la burla, la seriedad y la ternura pueden aliarse muy bien en la misma comedia. He dicho que todos los géneros son buenos excepto el género fastidioso. Si señor, pero la grosería no es un género. *Hay muchas moradas en la casa de mi padre*; pero nunca he pretendido que fuese honrado alojar en la misma habitación á Carlos V y á D. Jafet de Armenia, á Augusto y á un marinero borracho, á Marco Aurelio y á un bufón callejero. Parece que Horacio pensaba lo mismo en el más brillante de los siglos; toda Europa ilustrada piensa hoy de la misma manera, y los españoles empiezan á desprenderse á la vez del mal gusto y de la Inquisición, porque un espíritu culto proscribía igualmente ambas cosas.

Ya comprenderéis bien, caballero, hasta qué punto desfigurán la tragedia lo trivial y lo bajo, puesto que echáis en cara á Racine el que haga decir á Antíoco en *Bérénice*:

De son appartement cette porte est prochaine,
Et cette autre conduit dans celui de la reine.

No son estos ciertamente versos heroicos, pero tened la bondad de observar que se hallan en una escena de exposición, y que ésta debe de ser sencilla. No es una belleza poética, sino una regla de exactitud que fija el lugar de la escena, que pone en seguida al espectáculo

al corriente, y que le advierte que todos los personajes aparecerán en aquella pieza que es común á los demás apartamientos; sin lo cual no sería verosímil que Tito, Berenice y Antíoco hablasen siempre en la misma habitación.

Que le lieu de la scène y soit fixe et marqué,

dice el prudente Despréaux, el oráculo del buen gusto, en su *Arte poética*, que iguala por lo menos á la de Horacio. Nuestro excelente Racine no ha faltado casi nunca á esta regla; y es una cosa digna de admiración que Atalía aparezca en el templo de los judíos y en el mismo sitio en que se ha visto al gran sacerdote, sin chocar en nada la verosimilitud.

Más benévolo os mostraréis aún con el ilustre Racine cuando recordéis que la pieza de *Bérénice* era en cierta manera la historia de Luis XIV y de vuestra princesa inglesa hermana de Carlos II. Ambos habitaban en el mismo piso en Saint-Germain, y sus departamentos estaban sólo separados por una sala común.

Observaré de paso que Racine hizo representar en el teatro los amores de Luis XIV con su cuñada, y que este monarca se lo agradeció. Un tirano estúpido hubiera podido castigarle. Observaré, además, que aquella *Bérénice*, tan tierna, tan delicada y tan desinteresada, á quien supone Racine que debía á Tito todas sus virtudes, y que estuvo á punto de ser emperatriz, no era sino una judía insolente y desenfrenada. Juvenal la llamaba *bárbara incestuosa*. Observaré en tercer lugar que tenía cuarenta y cuatro años cuando Tito rompió con ella. Mi cuarta observación se refiere á que se hace mención de esta judía en los *Actos de los Apóstoles*. Era aún joven cuando fué, según el autor de dicho libro, á ver á Festo, gobernador de Judea, y cuando Pablo,

acusado de haber profanado el templo, se defendía sosteniendo que seguía siendo buen fariseo.¹ Pero dejemos á un lado las galanterías de Berenice, y volvamos á las reglas del teatro que son más interesantes para los literatos.

Vosotros libres bretones no observáis ni *unidad de lugar*, ni *unidad de tiempo*, ni *unidad de acción*. En verdad no procedéis con más acierto. La verosimilitud debe tener algún valor. El arte se hace con ella más difícil, y las dificultades vencidas procuran en todos los géneros placer y gloria.

Permitidme, por muy inglés que seáis, defender algo á mi nación. Le he dicho con tanta frecuencia las cuatro verdades, que es muy justo que la acaricie cuando creo que tiene razón. Si señor, he creído, creo y creeré que París es muy superior á Atenas en materia de tragedias y comedias. Molière y hasta Regnard me parecen tan superiores á Aristófanes como lo es Demóstenes á nuestros abogados. No tengo reparo en afirmar que todas las tragedias griegas me parecen obras de escolares, comparadas con las sublimes escenas de Corneille y las perfectas tragedias de Racine.

Esto mismo pensaba Boileau, á pesar de su admiración por los antiguos, y no tuvo reparo en escribir al pie de un retrato de Racine que este grande hombre había sobrepujado á Eurípides é igualado á Corneille.

Sí, creo demostrar que hay muchos más hombres de gusto en París que en Atenas. Tenemos en París más de treinta mil almas que se deleitan con las bellas artes, y Atenas no tenía diez mil; el pueblo bajo de Atenas iba al teatro, y en cambio no va entre nosotros, excepto cuando se le ofrece un espectáculo gratis en

1. *Actos de los Apóstoles*, xxiii, ó, xxv, xxvi.

ocasiones solemnes ó ridiculas. Nuestro trato continuo con las mujeres ha comunicado más delicadeza á nuestros sentimientos, más cortesania á nuestras costumbres y más refinamiento á nuestro gusto. Dejados nuestro teatro; dejad á los italianos sus *favole boscareccie*; vosotros sois bastante ricos, por otra parte. Es cierto que durante algún tiempo han tenido un éxito prodigioso muy malas comedias de intriga ridicula y bárbaramente escritas, sostenidas por la cábala, el espíritu de partido, la moda y la protección pasajera de algunas personas de crédito. Ha sido una embriaguez momentánea; pero al cabo de pocos años se ha disipado la ilusión. *Don Jafet de Armenia* y *Jodelet* han sido relegados al populacho, y el *Sitio de Calais* sólo es estimado en la ciudad del mismo nombre.

Debo añadir algunas palabras acerca de la rima que nos echáis en cara. Casi todas las piezas de Dryden están rimadas; es una dificultad más. Los versos suyos, que todo el mundo cita, son versos rimados; y sostengo además que estando sometidas á la rima *Cinna*, *Atalia*, *Fedra* é *Ifigenia*, todo el que pretendiere en Francia sacudir este yugo, sería considerado como un artista débil sin fuerzas para soportarlo.

En calidad de anciano, os referiré una anécdota. Un día pregunté á Pope por qué no había rimado Milton su poema en una época en que los demás poetas rimaban sus versos, á imitación de los italianos. Me respondió: *Because he could not*. Os he dicho, señor, todo lo que tenía interés en deciros.

Confieso que he cometido un grave error no fijándome en que el conde Leicester se había llamado primero Dudley; pero si os ocurre el capricho de entrar en la Cámara de los Pares y de cambiar de nombre, recordaré siempre el de Walpole con la más respetuosa estima.

Antes de salir mi carta he tenido tiempo de leer vuestro *Ricardo III*. Seriais un excelente *attorney general*. Pesáis todas las probabilidades; pero me parece que sentís cierta secreta inclinación hacia ese jorobado. Hasta pretendéis hacerle pasar por buen mozo, y hasta por hombre galante. El beneditino Calmet escribió una disertación para demostrar que Jesucristo tenía un rostro hermoso. Os doy de barato que Ricardo III no era ni tan feo ni tan malo como dicen; pero no hubiera querido tener que habérmelas con él. Vuestra *rosa blanca* y vuestra *rosa encarnada* tenían terribles espinas para la nación.

Those gracious kings are all a pack of rogues.

En verdad, al leer la historia de los York, de los Lancaster y de otros muchos, creería uno leer la historia de salteadores de caminos. En cuanto á vuestro Enrique VII, era un simple cortabolsas, etc.

Soy con el mayor respeto, etc.

À M. BOURET

ARRENDADOR GENERAL

Ferney, 13 de Agosto de 1768.

Señor: M. Marmontel, vuestro amigo y mío, os ha debido decir, ú os dirá sin duda cuán contraria es nuestra lengua al estilo lapidario, á causa de sus verbos auxiliares y de sus artículos. Os dirá también que un epigrafe en verso es mucho más difícil; y que de cierto no hay uno pasable, excepto los que se hallan escritos en estilo burlesco. ¡Tan propenso es á la burla el genio de la nación!

Es triste tener que tomar prestados dos versos á un antiguo autor latino, para Luis XV. Repetir lo que los